

PRECIO: \$ 1.50

REVISTA



DE ARTES Y LETRAS

Año II - N.º 1

1.º de Enero de 1918

92

Ediciones de ARTES Y LETRAS
(LOS DIEZ)

EL AÑO DIPLOMÁTICO

La política internacional chilena ha tenido, como la de todos los países caídas y triunfos.

¿Hay conveniencia pública en que se ignoren los nombres de los que han causado las primeras y los nombres de los que han alcanzado los segundos?

Los artículos de esta Sección, escritos por quien ha penetrado el misterio de nuestra diplomacia, levantarán hasta donde sea patriótico hacerlo, el velo que sigue cubriendo las figuras de unos y otros, de los incompetentes y de los hábiles.

I.—CHILE Y LA NEUTRALIDAD

A pesar de los finos y suavemente amenazadores consejos de quienes estiman conveniente la ruptura de relaciones de Chile con Alemania, nuestro Gobierno ha persistido en su resolución de permanecer, frente al conflicto europeo, en la más estricta y franca neutralidad. La opinión pública, serena y consciente, lo acompaña en el cumplimiento de este elevado deber, cuya manifestación oficial está en las notas del Ministro Huidobro. En ellas se exponen, con frases tranquilas y claras, los ver-

daderos sentimientos nacionales, las simpatías de Chile por el Brasil, los Estados Unidos, Bolivia, en una palabra, por todos los países hermanos, simpatías que han de impulsarnos a estrechar los lazos de la solidaridad americana, pero no a desconocer, de modo alguno y por ningún motivo, los preceptos del Derecho Internacional existente.

Chile mantiene inalterables sus simpatías por los países hermanos, pero no saldrá de su neutralidad ni por consideraciones de afinidad racial, ni por promesas o amenazas, sino por alguna de las razones que para ello tuvo el Brasil, por ejemplo, o sea, por algún acto de los beligerantes que hiera la dignidad o ataque la independencia de la nación. El sentimiento público chileno es, pues, el que dejamos indicado. El Ministro Huidobro supo interpretarlo en sus notas, y el Presidente Sanfuentes ha sabido amparar, con toda entereza, las declaraciones de su Ministro. Así, la neutralidad de Chile, que, por serena y amplia, respeta la manifestación de todos los entusiasmos, sean aliadófilos o germanófilos, se debe a la armonía de la opinión del pueblo con la del Gobierno y no como lo ha pretendido, con risible vanidad, el representante de un país vecino y también neutral, a la imposición de la cancillería de su Gobierno. La política internacional chilena no está, como antes, en manos débiles; quien la dirige lo hace teniendo en cuenta los más vitales intereses del país, los que conciernen a lo futuro. Su espíritu no será, seguramente, influido como el de Errázuriz, por las promesas del Estrecho ni como el de Montt, por los halagos de Buenos Aires.

II.—CHILE EN AMÉRICA

La unidad de acción que advertimos en el manejo de nuestros negocios internacionales se evidencia también en el reciente envío de representantes diplomáticos a las principales naciones sudamericanas. Se ve que el intento del Gobierno es salir de la apatía, trabajar, recuperar, si es posible, el puesto que tenía Chile hace cincuenta años, cuando su diplomacia era la

primera de América, la diplomacia de Bello y sus discípulos don Manuel Antonio Tocornal y don Miguel Luis Amunátegui; la diplomacia de Santa María y sus colaboradores don Luis Aldunate, don Francisco Valdés Vergara, don Luis Barros Borgoño. Con este fin, se han creado legaciones en Méjico, Venezuela, Uruguay, Ecuador y Colombia. Se va a la realización de un plan detenidamente estudiado; tendremos una política internacional, un rumbo.

Con el envío a Madrid del señor Fernández Blanco, hombre de criterio sereno y de experiencia, se dispondrá de una fuente de informaciones libres de las influencias del ambiente parcial, del de Londres, París, Berlín o Roma, informaciones que de seguro impedirán que el Gobierno se deje influir por las nerviosidades del cable, y que le permitirán seguir la línea de acción internacional que se ha trazado, sin sentirse entorpecido por los descuidos ni las precipitaciones de los representantes del país en el extranjero; descuido en considerar las conveniencias de la nación, como ese de Rivas Vicuña al enviar ingenieros japoneses para que tomen aquí negocios mineros y preparen la inmigración nipona, que nadie reclama; y precipitación en aconsejar medidas de excepcional importancia, como esa imperdonable de Villegas al pedir, un mes antes de la actual ofensiva austro-alemana en Italia, que Chile rompiera su neutralidad en vista de la próxima toma de Viena por las tropas de Víctor Emanuel II.

Y con el envío de los señores Muñoz Rodríguez, y Garcés a Ecuador y Colombia, respectivamente recuperaremos, en esos países el perdido prestigio de nuestra acción diplomática. El señor Muñoz Rodríguez, talentoso y culto, reúne las condiciones necesarias para dar cumplido término a su misión, no obstante lo escabroso que ha de serle empezar en Quito gestiones que han de terminar en Lima.

Las dificultades suelen ser estímulos para los diplomáticos, pero las de este caso son un peligro, sobre todo si se considera que las actividades del señor Muñoz Rodríguez serán observadas, con ojo avizor, por la Cancillería del Rimac. ¿Hay, como creen algunas personas conocedoras de nuestros problemas in-

ternacionales, impremeditación en este modo de proceder? ¿Llegará el señor Muñoz Rodríguez a Lima? Y, ¿hay también, como creen otras personas, inutilidad en el nombramiento del señor Rafael Blanco para Venezuela, que nunca ha acreditado Ministro en Chile?

Sea como fuere, el país confía en que el señor Muñoz sabrá desempeñar con sagacidad su elevada misión, y que el señor Garcés logrará restablecer la armonía que existía hasta hace poco entre Chile y Colombia, a pesar del desvío con esta nación hermana nos ha tratado últimamente, debido, tanto a la pobreza de nuestra representación allá, como, según se asegura, a la demora en cumplir, por parte de Chile, lo establecido en una Conferencia, protocolizada, que lleva las firmas de los señores Olaya Herrera y Joaquín Figueroa. A esto se debe también el que el señor Ancízar, Ministro de Colombia, acreditado ante los gobiernos de Chile y la Argentina, no se haya presentado entre nosotros y permanezca, desde hace tiempo, en Buenos Aires...

Todas estas asperezas, y otras, de que trataremos próximamente, ha de hacer desaparecer, para siempre, el señor Garcés, sabedor, como todo hombre culto, que las obligaciones entre los países son recíprocas y que su cumplimiento ha de ser franco y rápido. Sólo procediendo así llegaremos algún día a ser sinceramente respetados por las naciones hermanas, y a tener la seguridad de que no se festinarán nuestras proposiciones resolutivas de los conflictos internacionales que nos preocupan, como nos ha pasado con el Perú, confiado ahora en la utopía de que el asunto Tacna y Arica sea fallado por el futuro Tribunal de la Paz Universal. Y lo mismo decimos de Bolivia, que está hoy, más que nunca, convencida de que su conveniencia está en acercarse a Chile, antes que en oír los halagos peruanos o argentinos. Es justo reconocer que a esta disposición de ánimo de la nación boliviana ha contribuído, de modo eficaz, la labor de la Embajada que envió Chile a ese país con motivo de la transmisión del mando supremo. La fórmula propuesta por Barros Borgoño en 1895 terminará por abrirse paso; los políti-

cos bolivianos parecen aceptarla, y los políticos chilenos, como si no la conocieran, meditarla.

¿Qué peligros, bochornos o victorias nos traerá el año que empieza? ¿Corresponderán los nuevos diplomáticos a las esperanzas del pueblo y del Gobierno chilenos?

E. DE SALAVERRY.